

LOS DOCUMENTOS PERSONALES EN LA INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA: HISTORIAS DE VIDA, RELATOS, BIOGRAFÍAS, AUTOBIOGRAFÍAS. SU DIFERENCIACIÓN Y PERTINENCIA

AURORA ROJO

Doctora en Sociología

Los documentos biográficos constituyen un material de primera magnitud en el trabajo sociológico. Más específicamente, en la metodología cualitativa, los documentos humanos o personales son una de las fuentes más eficaces para la obtención de este tipo de datos. W. I. Thomas y F. Znaniecki señalaban, aun refiriéndose sólo en concreto a un tipo de documentos biográficos, tales como las historias de vida, lo siguiente:

«Con seguridad se puede decir que los registros de vida personal, lo más completos posible, constituyen el tipo *perfecto* de material sociológico, y si las ciencias sociales tienen que emplear cualquier otro tipo de material es sólo debido a la dificultad práctica de obtener al momento un número suficiente de tales registros para cubrir la totalidad de los problemas sociológicos y a la enorme cantidad de trabajo que demanda el análisis adecuado de todo el material personal necesario para caracterizar la vida de un grupo social.» (1984, 294)

El género biográfico tiene una larga tradición en la historia de la cultura, que se remonta a las épocas griega y latina, aunque sea en el siglo xvii cuando entra a formar parte de la terminología científica. Las primeras manifestaciones literarias de carácter biográfico, que se remontan a varios siglos antes de Cristo, recreaban la vida de determinados tipos humanos o de personajes insignes. Se podía considerar que se ajustaban a lo que hoy denominamos biografías. La aparición de la autobiografía, otro de los materiales biográficos más importantes, es más tardía, y corre paralela a la formación de la identidad en el ser humano mediante un proceso de autoconciencia que se manifiesta en la escritura. Como señala B. Sarabia, «la autobiografía aparecería como el desarrollo final de la conciencia reflexiva, rasgo distintivo de la naturaleza humana, la cual produciría la autobiografía como si se tratase de la adquisición de un segundo lenguaje en un acto de autoconciencia» (1990, 209).

J. F. Marsal, considera a los documentos personales o documentos humanos, como relatos de la experiencia individual que ponen de manifiesto las acciones de un individuo como actor humano y participante en la vida social (1974, 48).

Podemos acercarnos de manera más precisa y exhaustiva a lo que se entiende en ciencias sociales por documentos personales o biográficos a través de la definición que da de ellos G. W. Allport:

«Entendemos por *documento personal* todo escrito o manifestación verbal del propio sujeto que nos proporciona, intencionadamente o no, información relativa a la estructura y dinámica de la vida del autor. Se incluyen con toda seguridad en este grupo: 1) las autobiografías, generales o limitadas a un aspecto; 2) diarios personales y anotaciones diversas; 3) cartas; 4) cuestionarios libres (no tests estandarizados); 5) manifestaciones verbales obtenidas en entrevistas, declaraciones espontáneas, narraciones; 6) ciertas composiciones literarias. Es importante observar que todos estos documentos proceden del propio sujeto; son documentos en primera persona. Existen, además, documentos en tercera persona, consistentes en manifestaciones de otros individuos sobre el sujeto: estudio de casos, historias de vida, biografías.» (1966, 472)

Distintos autores han elaborado tipologías de los documentos biográficos: C. Kluckhohn, T. Abel, R. Angell, G. W. Allport..., que ordenan el material biográfico de acuerdo con distintas variables tales como el tipo de público al que está destinado, como hace C. Kluckhohn, o los fines que persigue el autor, como es el caso de T. Abel¹.

J. J. Pujadas nos proporciona una amplia clasificación de lo que considera el dominio del método biográfico. Distingue el autor entre *documentos personales* y *registros biográficos obtenidos por encuesta*. En los primeros incluye las autobiografías, los diarios personales, la correspondencia, las fotografías, películas, videos o cualquier otro tipo de registro iconográfico y los objetos personales. En los segundos establece una división entre historias de vida, relatos de vida y biogramas. En el caso de las primeras, éstas pueden ser de relato único, de relatos cruzados y de relatos paralelos (1992, 14).

Pasemos a establecer una delimitación de los conceptos expresados en el título del presente artículo.

Indiquemos en primer lugar qué se entiende por biografía. La biografía consiste en un material a través del cual «se trata de conseguir una imagen ceñida a la verdadera vida del sujeto biografiado. De este modo, el objetivo principal es ofrecer al lector un relato ajustado a los hechos e ideas que conforman la vida del sujeto» (Sarabia, 1990, 209). Se trataría de «una elaboración externa al protagonista, normalmente narrada en tercera persona, ya sea sobre una base exclusivamente documental, ya sea mediante una combinación de documentación, entrevistas al biografiado y a otras personas de su entorno» (Pujadas, 1992, 13). La autobiografía, por otra

¹ A tal efecto véase J. F. MARSAL (1977: 47-50): *Teoría y crítica sociológicas*, Madrid, Guadiana de Publicaciones.

parte, consiste en «el relato del propio autobiografiado (...) (en la) narración de la vida de sí mismo» (Sarabia, 1990, 209).

La autobiografía y la biografía se diferencian por tanto en que en el primer caso, la decisión parte del propio actor, ha de existir una voluntariedad por su parte, circunstancia que no existe en el segundo caso. Además, difieren en la importancia que conceden a las distintas etapas de la vida de la persona, siendo en el caso de la autobiografía mayor cuando se trata de la infancia. Habría que añadir un tercer rasgo diferenciador que consiste en que mientras que en el caso de la biografía la edad del que la escribe no importa, cuando se trata de una autobiografía, la falta de perspectiva y comprensión del tiempo vivido por parte del autobiografiado, cuando quien la realiza es un autor joven, puede ir en detrimento de su calidad (Sarabia, 1990, 209-210).

Fijemos ahora nuestra atención sobre las historias de vida. Aquí, observaremos tres aspectos: las condiciones de su génesis y consolidación como método, sus potencialidades y limitaciones, para por último revisar el problema de la fiabilidad de los relatos y la representatividad de las muestras.

Comencemos en primer lugar por precisar conceptualmente qué se entiende por «historia de vida». Consisten éstas en «relatos que se producen con una intención: elaborar y transmitir una memoria, personal o colectiva, que hace referencia a las formas de vida de una comunidad en un período histórico concreto» (Santamarina y Marinas, 1994, 258). Por tanto, una historia de vida no es una mera recolección de datos sociológicos, ni una autobiografía convencional, ni una novela. Sin embargo su naturaleza puede resultar engañosa. Porque con esos datos es posible formular una teoría sociológica; además, como la autobiográfica, está contada en primera persona, amén de la subjetividad que impregna el discurso; por último si bien no es una novela, puede llegar a tener una hondura dramática y una calidad literaria que para sí quisieran muchas de ellas (Becker, 1974, 27).

El método de las historias de vida tiene ya una larga tradición en las Ciencias Sociales. Es utilizado al menos por historiadores, psicólogos antropólogos y sociólogos. De manera especial, en Antropología y Sociología, su uso está ampliamente generalizado.

El estudio, que pasa por ser pionero en la utilización de este método en nuestra disciplina, es, como más arriba se ha señalado, *The Polish Peasant in Europe and America*, de W. I. Thomas y F. Znaniecki (1984), publicado entre 1918 y 1920, donde se desgranar las experiencias y vivencias del inmigrante polaco Wladeck Wisniewski.

No obstante, dicho método no ha surgido con la Sociología. Probablemente sea la Historia la primera de las disciplinas que ha hecho de esta forma de acercamiento al estudio de los fenómenos uno de sus procedimientos más importantes, desarrollando para ello elaboradas técnicas de análisis y sistemas que permitan controlar la veracidad y fiabilidad de las historias.

En la Antropología igualmente, como hemos señalado, tienen una larga tradición, que coincide con la actividad exploradora y misionera de europeos y norteamericanos. En esta ciencia, las historias de vida «surgen como un subproducto del trabajo de campo del antropólogo, como una de las técnicas para llegar a entender la vida de los pueblos primitivos» (Marsal, 1974, 44).

No obstante, el uso clásico de las historias de vida en Historia y el que la Sociología y la Antropología realizan en la actualidad, difiere. Por un lado, porque el

material en el caso de la primera no es elaborado por el investigador, sino por los actores sociales que participaron en el evento, los cuales han podido ya desaparecer; y por otro, porque los relatos recogidos por la historia lo son de personajes históricos claves en la vida de una colectividad, y no tanto de «gente común» (Balán, 1974; Marsal, 1974).

Igualmente, como se ha comentado, la Psicología ha hecho uso de tal método. La utilización del método por la Psicología se vio influida positivamente por el impacto que tuvo la obra de W. I. Thomas y F. Znaniecki, y que «llevó a la psicología de las autobiografías psicológicas de un uso más o menos acrítico como las de Sigmund Freud, Hellen Keller y William James a obras de mayor rigor científico» (Marsal, 1974, 45).

Es posible abordar el estudio de la historia de vida como método distinguiendo diversas etapas. En un primer momento, el nacimiento y auge del método hay que enmarcarlo en los cambios culturales producidos en Norteamérica de resultados del impacto de la industrialización y urbanización crecientes, a las que se vio abocada la sociedad estadounidense. Hace su aparición así una moral individualista y progresista, y donde el hombre de la calle, el hombre común, se convierte en auténtico protagonista del cambio social. La Universidad de Chicago se encargó de promover activamente esta perspectiva, de manera que, en casi todas sus investigaciones, de un modo u otro se utilizaron los documentos personales como forma de acercamiento al estudio de los problemas.

Sin embargo, los años siguientes a la II Guerra Mundial supusieron el ocaso del método de las historias de vida, que si bien no se abandonó absolutamente, pasó a ocupar un puesto secundario en la investigación. Las razones han sido expuestas como sigue por J. F. Marsal: «En un clima de mayor competencia profesional las historias de vida, por su limitada aplicación, la dificultad de obtenerlas y la complejidad de su manejo, se presentan al sociólogo que tienen fondos y tiempo limitados como una poco tentadora alternativa de la encuesta (1974, 45-47).

H. S. Becker abunda en la cuestión del desuso de las historias de vida, alegando como razones que la explicarían las siguientes: en primer lugar, el interés de los sociólogos por datos basados en categorías abstractas elaborados a partir de sus propias teorías, frente a los elaborados a partir de las que la gente consideraba más relevantes, les lleva a marginar dicho método, escasamente dotado para la primera de las tareas. En segundo lugar, hay que señalar el énfasis que la Sociología comienza a dar a los factores estructurales, frente a otros que tienen más que ver con la vida y experiencia cotidiana de las personas. No obstante, la razón principal de su abandono, a juicio del autor, es que el método no responde a las expectativas que el sociólogo actual deposita en su investigación, esto es, elaborar datos concluyentes, resultados propios definitivos, que añadir al «edificio de la ciencia», quebrando así las expectativas de los investigadores (1974, 38-39).

El método de las historias de vida se ha visto pues sometido, en su utilización a las orientaciones y cambios de paradigma que ha sufrido la teoría y la investigación sociales en su desarrollo desde los años veinte para acá. Por tanto, ha sido alternativamente, un método elogiado, denostado y vuelto a tomar en consideración a lo largo de este dilatado período de tiempo (Angell, 1974; Becker, 1974; Marsal, 1974 y 1977; Langness, 1974; Bertaux, 1980; Ferraroti, 1980).

Sin embargo, a partir de los años sesenta se ha renovado el interés entre los investigadores por el uso de las historias de vida como instrumento heurístico. Las razones de este renacimiento hay que buscarlas, según J. Balán, en el cambio de rumbo que la ciencia social contemporánea experimenta a partir de la década de los sesenta. Frente a una ciencia social construida tomando como modelo la ciencia físico-natural, adquiere de nuevo una creciente importancia la ciencia social humanística, la perspectiva cualitativa que a finales del siglo pasado había desarrollado M. Weber. Este interés se ha reiniciado en la Antropología, que ha encabezado este movimiento de renacimiento del método, y psicólogos sociales y antropólogos han contribuido de diversas formas a la revalorización del método (1974, 8).

Para el caso de la Sociología, el IX Congreso Mundial, celebrado en 1978 en Upsala, «marcó el punto de arranque de la veloz expansión actual del uso de las historias de vida como instrumento de reflexión teórica y de práctica metodológica» (Sarabia, 1990:214).

Llegados a este punto, interesa recoger aquí la distinción que realiza N. K. Denzin en 1970 y cita D. Bertaux, entre historias de vida y relatos de vida. N. K. Denzin, según D. Bertaux, distingue entre *life history* y *life story*. En la interpretación de D. Bertaux, *life story* «designa la historia de una vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta». Es lo que que el autor francés llama *récit de vie*. Por el contrario, en cuanto a la expresión *life history*, «Denzin propone reservarlo para los estudios de casos sobre una persona dada, y que comprende no solamente su propio relato de vida sino también toda suerte de documentos: por ejemplo, informes médicos, informes judiciales, tests psicológicos, testimonios de próximos, etc.» (Bertaux, 1980, 200). Igualmente en el uso que los historiadores en los años setenta hacen de dicho método, éstos distinguen entre *oral history* (*historia oral*), donde además del relato del entrevistado, se toman en consideración todos aquellos documentos que aportan información complementaria, y *oral story* (*relato oral*), el cual consiste en la narración efectuada por los sujetos (Santamarina y Marinas, 1994, 265)².

Debemos finalizar este punto señalando la diversidad de escuelas de pensamiento o tendencias desde las que se abordan las investigaciones que utilizan el mé-

² Como señala J. J. Pujadas, en español los términos no han sido fijados todavía, y propone que se reserve *relato de vida* para referirse a la *life story* o *récit de vie*, es decir «la historia de una vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta», y *life history* o *histoire de vie* al «estudio de caso referido a una persona dada, comprendiendo no sólo su *life story*, sino cualquier otro tipo de información o documentación adicional que permita la reconstrucción de dicha biografía de la forma más exhaustiva y objetiva posible». Véase en J. J. PUJADAS (1992, 13): *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas. Sin embargo B. Sarabia, en un pionero artículo, propone que se utilice el término historias de vida «para designar tanto relatos de toda una vida como narraciones parciales de ciertas etapas o momentos biográficos. Además, conviene señalar que el término se refiere, no sólo al relato en sí, sino a toda la información acumulada sobre la vida objeto de estudio; información procedente de etapas escolares, de fuentes sanitarias, etc., y, obviamente, a la labor de análisis realizada por el, o los investigadores». Véase en B. SARABIA (1985, 171): «Historias de vida», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 29, enero-marzo, pp. 165-186.

todo de las historias de vida. Sobre este hecho, D. Bertaux recoge un amplio repertorio de autores que, aun con enfoques teóricos contrapuestos, hacen uso del método. Señala el autor:

«Lo que llama la atención al primer golpe de vista es una gran variedad, que persiste aunque se repartan estas investigaciones según la escuela de pensamiento, el tipo de objeto sociológico o la población interrogada. Así, las escuelas de pensamiento van del marxismo sartriano (Ferraroti), neo-materialista (Wallerstein), estructuralista (Bertaux y Bertaux-Wiame) o simplemente empírico (Kemeny, Lefèbvre-Girouard, Karpatti, Léomant) a la teoría de los roles (Luchterhand) y a la hermenéutica (Kohli) pasando por supuesto por el interaccionismo simbólico (Denzin) y varias otras corrientes teóricas inspiradas en los trabajos de Max Weber (Camargo), Louis Dumont (Catani), Fernand Dumont (Gagnon). Pero esta diversidad se enriquece todavía con la participación de investigadores que utilizan los relatos de vida en el contexto de otras disciplinas tales como la antropología (Elegoët), la historia social (Thompson, Synge, Bertaux-Wiame), la psicología social (Hankiss), la psichistoria (Elder).» (1980, 202)

Realizada esta revisión teórica sobre las condiciones del nacimiento y auge de las historias de vida, veamos ahora algunas de las potencialidades y limitaciones que su uso conlleva³.

Con respecto a la primera de las cuestiones, H. S. Becker ha señalado algunas de las funciones que cumplen las historias de vida: evaluar teorías, efectuar suposiciones sobre aspectos no centrales de la investigación, acercarnos a los aspectos subjetivos de los procesos institucionales, sugerir nuevas cuestiones en torno a un tema en el que se ha profundizado mucho en unas pocas variables y se hace necesario reorientar la investigación. Pero la más importante, a juicio del autor, es la capacidad para captar los procesos sociales básicos de la interacción cotidiana. Como el autor señala, «ninguna otra técnica excepto, tal vez, la de la observación participante, puede conferirle significado a la noción demasiado manoseada de proceso» (1974, 35). Sobre este hecho insiste igualmente J. J. Pujadas, que ha señalado la conveniencia de la utilización de los relatos biográficos a la hora de estudiar los procesos de cambio de posición de la mujer en la sociedad y para el estudio de los roles, y, en general, en todos aquellos temas que impliquen, o lleven aparejados, cambios significativos individuales o colectivos (1992, 64). Efectivamente, a través de la historia de vida es posible comprender las distintas etapas y períodos en la existencia de un individuo en su proceso de desarrollo, poniendo

³ Véase entre otros, D. BERTAUX (1993, 149-171): «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», en MARINAS, JOSÉ M., y SANTAMARINA, CRISTINA (eds.): *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate. Véase igualmente A. ORTÍ (1990, 171-203), «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», en GARCÍA FERRANDO, MANUEL; IBÁÑEZ, JESÚS, y ALVIRA, FRANCISCO (comps.): *El análisis de la realidad social*, Madrid, Alianza Editorial, S.A.

dichas etapas en conexión con el momento histórico y con su propia sociedad. Así, por mediación de la historia de vida, la sociología conjugaría biografía, historia y sociedad (Mills, 1974). La historia de vida, igualmente, es un método especialmente valioso para las investigaciones relacionadas con el ciclo vital como señalan J. Balán y otros (1974b, 67); es decir, en todos aquellos «problemas que requieren información longitudinal sobre grupos de la población y sobre las estructuras cambiantes en que participan» (Balán, 1974, 11). Además, en el estudio de ciertos temas dicha información longitudinal resulta ser especialmente necesaria: «aún en los estudios de mayor orientación estadística, la necesidad de contar con información biográfica o longitudinal pronto se ha hecho aparente, particularmente en el campo de los estudios de fecundidad, migración y fuerza de trabajo» (Balán y otros, 1974b, 69). Por otro lado, otro de los servicios que nos proporciona la historia de vida es mostrarnos otras realidades existenciales, otras formas de vida: «La historia de vida, por ser la “propia historia” del actor, es un mensaje vívido y vibrante desde el “allá abajo” que nos dice qué significa ser ese tipo de persona con la cual jamás nos hemos encontrado cara a cara» (Becker, 1974, 36). No queremos dejar de comentar otra de las potencialidades de la historia de vida de trascendencia moral y política, y es su capacidad para romper el silencio en el que determinados colectivos están o han estado condenados y sacudir, así, las conciencias de todos. Como señalan C. Santamarina y J. M. Marinas: «Sin incurrir en un optimismo salvífico de “dar voz a los sin voz” que acompaña la mala conciencia del trabajo de intermediación que la investigación social tiene, la historia oral remueve porque se atreve a recoger los relatos de la gente tal y como éstos surgen» (1994, 259). Señalemos igualmente la riqueza de datos (que se puede convertir también en un problema), que nos puede aportar la historia de vida. Además, añadir, por último, que, en la medida en que toma como centro de interés la totalidad de lo vivido, sin que el investigador imponga la sectorización de las experiencias vitales del actor, posibilita una exposición de las vivencias y experiencias del actor espontánea, no sometida al estricto rigor y orden que imponen los métodos tradicionales.

En lo que respecta a las limitaciones, podemos mencionar su escasa capacidad para, a partir de los datos extraídos de ellas, verificar hipótesis o teorías (Marsal, 1974, 53). Además, habría que añadir que «son muy costosas cuando se llevan a cabo en gran escala (...) (y) presentan muchos problemas técnicos en su recolección, proceso y análisis» (Balán y otros, 1974b, 68). Mencionar también el riesgo de alteración de los acontecimientos por parte del narrador. Esta situación la ilustra R. Fraser, cuando expone sus reflexiones con motivo de su recogida de información sobre las experiencias vividas por un grupo de personas en la guerra civil española. El autor señala: «Los testimonios podían contarme no sólo lo que recordaban haber hecho, sino lo que pensaban que estaban haciendo en aquella época, y lo que hoy pensaban de lo que habían hecho» (1990, 148). No habría que olvidar tampoco al hablar de las limitaciones, el problema de «la memoria y sus errores (...), la abundancia de datos, la necesidad de establecer cortes en el mismo (los materiales), etc.» (Sarabia, 1990, 220-221). Añadir, para concluir, el problema derivado del hecho de que el entrevistador no plantee el mismo asunto o de la misma forma a todos los entrevistados. En las entrevistas informales éste es un riesgo fácil de correr (Mann, 1969:121). Para evitarlo, distintos autores han propuesto la elaboración, a

modo de recordatorio, de guías de aspectos a abordar en la entrevista que no deben ser olvidados (Sarabia, 1990, 221)⁴.

Tras esta reflexión sobre la historia de vida, y dado que las mismas se recogen en una situación de entrevista, resulta conveniente realizar algún comentario en torno a dicha situación.

La entrevista es una relación interpersonal atravesada por la subjetividad. Las percepciones e imágenes que el entrevistador tenga sobre el entrevistado (y viceversa) pueden afectar de manera importante a sus respuestas. Además, a lo largo de dicha relación social tiene lugar una presentación del propio actor que se verá condicionada de diversas maneras por esa percepción (Goffman, 1977). El esfuerzo en la insistencia, como guía epistemológica, en la necesidad de reducir al mínimo la influencia del entrevistador sobre el entrevistado, y al contrario, para no alterar nuestro objeto de estudio, no impide que sea difícilmente alcanzable esa situación de «neutralidad metodológica». F. Alvira y otros (1980, 29) citan ejemplos que ilustran este fenómeno de la «reactividad» debida al método.

Pasemos, por último, al tercer aspecto. Dos cuestiones deben ser abordadas a continuación, que ocupan un lugar central en la problemática epistemológica y metodológica de las ciencias sociales, y que nos ayudan a explicar algunos de los procesos a los que se ha visto abocado el método, entre ellos, su abandono durante bastante tiempo. Se trata de los problemas de la representatividad de las muestras y de la fiabilidad de los relatos.

Como se ha señalado en otro lugar, el auge de la técnica de las historias de vida se asocia a la Escuela de Chicago, que hace un uso extensivo de la misma a lo largo de los años veinte. A partir de entonces, la técnica entra en un estado de decadencia, del que comienza a salir tímidamente a partir de los años sesenta como más arriba se ha señalado.

J. Balán (1974) y H. Becker (1974), entre otros, han apuntado alguna de las razones subyacentes a este abandono de la técnica a partir de los años veinte o treinta y que más arriba hemos mencionado. A las razones antedichas, el primero añade otra: «los sociólogos se habían volcado masivamente en técnicas de recolección de datos más sofisticadas y habían adquirido una preocupación casi obsesiva con problemas de confiabilidad de la información y representatividad de las muestras como para basar alguna conclusión en una técnica tan rudimentaria como la historia de vida» (Balán, 1974, 7).

Detengámonos en primer lugar en el segundo de los aspectos señalados, aquél que hace referencia a la representatividad de la muestra. Efectivamente, una cuestión de importancia surge a la hora de reflexionar en torno a la investigación científica. Tal es la de si el entrevistado representa al colectivo objeto de estudio o, todavía más, si la muestra es representación fiel de aquello de lo que procede; es decir, nos encontramos con la cuestión de la representatividad.

⁴ Para la cuestión de los problemas teóricos y metodológicos que la recolección de historias de vida plantea, véase, entre otros, C. SANTAMARINA y J. M. MARINAS (1994, 257-285): «Historias de vida e historia oral», en DELGADO Juan M., y GUTIÉRREZ, Juan (coords.): *Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis.

Este último es un problema que a juicio de J. Balán y otros (1974b:68) no ha sido resuelto de forma satisfactoria: el saber si un actor es representativo de una clase o de una forma de pensar que indique las pautas mentales de todo un conglomerado humano, es harto complicado. Por otro lado, en ocasiones no es posible conocer con fidelidad el universo, dado las peculiaridades de que es objeto.

Sin embargo, la identificación entre científicidad y representatividad, como ha señalado P. Bourdieu (1991), es el resultado de una particular concepción de la ciencia y de la elección de un modelo de «ciencia oficial», la occidental, a partir de la cual se juzga cualquier otra forma de búsqueda de conocimiento, también científico.

La cuestión de la representatividad está anclada, por tanto, a una particular concepción del conocimiento y de la práctica científica; amén de responder a un determinado modelo económico y de sociedad: el capitalismo y la sociedad norteamericana. Como señala F. Mernissi:

«La representatividad hace alusión a un método determinado, el método estadístico, que se basa en un enfoque muy particular, el enfoque cuantitativo, y en una técnica determinada, el cuestionario. Luego afirmar que la práctica científica se reduce al método estadístico, al enfoque cuantitativo y a la técnica del cuestionario es una afirmación que no es signo de ciencia, sino de política.» (1993, 35)

Pero la cuestión de la representatividad alude también, y de manera fundamental, al número; es decir, se trata de decidir cuántos individuos deben de ser sometidos a observación para poder tener garantías suficientes de que representa fielmente al universo del que proceden.

Para dar solución al problema de cuántos, D. Bertaux propone el concepto de saturación: «La saturación es el fenómeno por el cual, pasado un cierto número de conversaciones (biográficas o no, por otra parte), el investigador o el equipo tiene la impresión de no aprender nada nuevo, al menos en lo que concierne al objeto sociológico de la encuesta» (1980, 205).

Para D. Bertaux en el fenómeno de la saturación se funda la validez misma de la aproximación biográfica. Si esto es así, sostiene D. Bertaux, el número de casos a considerar no debe ser fijado previamente, sino que, una vez que se ha llegado al «punto de saturación», el cual debe ser traspasado ampliamente, podremos estar seguros de que las conclusiones que extraemos son válidas (1980, 206).

Con respecto a la otra cuestión planteada, la de la veracidad o fiabilidad de una determinada historia, decir que el engaño por parte del entrevistado es algo con lo que el investigador debe contar. No obstante, la veracidad puede resultar ser una consecuencia «latente» y no tanto intencionada. Como señala B. Sarabia, «el sujeto informador se ve enfrentado a lo largo de su prolongada relación con el investigador con una necesidad de coherencia personal y social que le empuja hacia la veracidad» (1990, 220). El engaño es especialmente preocupante cuando el investigador no dispone de más de un relato sobre el hecho, o bien no dispone de las versiones de otras personas, observadoras indirectas de la situación. El investigador cuenta, no obstante, con algunos recursos para aminorar este problema: los historiadores vienen utilizando la crítica interna y la crítica externa. G. W.

Allport (1966) añade, como variedad de la crítica externa, un tercer recurso, que consiste en contrastar el documento con la experiencia y conocimientos del investigador.

B. Sarabia (1990, 220-221) nos proporciona diversos procedimientos de verificación de los relatos efectuadas por los autores que han aplicado el método. Así, menciona a L. W. Thomas, que recoge tres distintas formas de verificación: en primer lugar, atendiendo a la coherencia interna del relato; en segundo, a través de la información proporcionada por otras personas que vivieron esos mismos momentos; y en tercer lugar, a partir de la propia observación del investigador. O. Lewis, por otra parte, en *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia y La vida*, contrasta entre sí las informaciones del grupo familiar; por último, en tercer lugar, una modalidad de verificación del relato consiste en la denominada «autobiografía asistida», tal como lo denominan sus autores, Rom Harré y De Waele, en la cual un equipo de jueces es el que determina la veracidad del relato. En la misma, según B. Sarabia, «todo el proceso de verificación, en lugar de tomar una dirección centrífuga como es habitual en las historias de vida, es decir, organizar el sistema de verificación yendo al contexto etnográfico del narrador, toma una dirección centrífuga (sic)» (Sarabia, 1990:221). No obstante, a pesar de dichos recursos y precauciones por parte del investigador, la tarea de control de la veracidad del relato resulta compleja. Como señala J. F. Marsal, «Una historia de vida, por ejemplo, cubre un lapso suficientemente largo y una complejidad de eventos, y a veces un área geográfica, en el caso de migrantes, como para hacer dificultosísima una comprobación exhaustiva de todo lo relatado en ella» (1974, 57).

Pese a los problemas y dificultades que el método plantea, podemos decir con Marsal, que creemos que «las historias de vidas, depuradas por una mayor concientización de los vicios en que incurrimos los primerizos siguen siendo hoy un excelente puente para salvar muchas de las estrecheces del academicismo numerológico, por un lado, y del activismo anticientífico, por otro,...» (1977, 196).

BIBLIOGRAFÍA

- ALVIRA, Francisco, y otros (1980): *Los dos métodos de las Ciencias Sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- ALLPORT, Gordon W. (1966): *La personalidad. Su configuración y desarrollo*, Barcelona, Herder.
- ANGELL, Robert (1974): «El uso de documentos personales en sociología: una revisión crítica de la literatura, 1920-1940», en BALAN, Jorge, y otros, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, pp. 19-26.
- BALAN, Jorge (1974): «Introducción», en BALAN, Jorge, y otros, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 7-16.
- BALAN, Jorge, y otros (1974): «El uso de historias vitales en encuestas y sus análisis mediante computadoras», en BALAN, Jorge y otros, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, pp. 67-83.

- BECKER, Howard S. (1974): «Historias de vida en Sociología», en BALAN, Jorge, y otros, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, pp. 27-41.
- BERTAUX, Daniel (1980): «L'approche biographique. Sa validité méthodologique, ses potentialités», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXIX, julio-diciembre, pp. 197-225.
- BOURDIEU, Pierre (1991): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus Humanidades.
- FERRAROTI, Franco (1980): «Les biographies comme instrument analytique e interprétatif», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXIX, julio-diciembre, pp. 237-248.
- FRASER, Ronald (1990): «La formación del entrevistador», en *Historia y fuente oral*, n.º 3, pp. 129-150.
- GOFFMAN, Erving (1971): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- LANGNESS, L. L. (1974): «Usos potenciales de la historia de vida en antropología», en BALAN, Jorge y otros, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, pp. 153-172.
- LEWIS, Oscar (1971): *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, México, Joaquín Mortiz.
- (1983): *La vida*, México, Grijalbo.
- MANN, Peter H. (1969): *Métodos de investigación sociológica*, Madrid, García del Toro-Editor.
- MARSAL, Juan F. (1974): «Historias de vida y Ciencias Sociales», en BALAN, Jorge, y otros, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y Técnica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, pp. 43-63.
- (1977): *Teoría y crítica sociológicas*, Madrid, Guadiana de Publicaciones.
- MERNISSI, Fátima (1993): *Marruecos a través de sus mujeres*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- MILLS, Claude W. (1974): *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PUJADAS, Juan José (1992): *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- SANTAMARINA, Cristina, y MARINAS, José M. (1994): «Historias de vida e historia oral», en DELGADO, Juan M., y GUTIÉRREZ, Juan (coords.) (1994): *Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis, pp. 257-285.
- SARABIA, Bernabé (1990): «Documentos personales: historias de vida», en GARCÍA FERRANDO, Manuel; IBÁÑEZ, Jesús, y ALVIRA, Francisco (comps.): *El análisis de la realidad social*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 205-226.
- THOMAS, William I., y ZNANIECKI, Florian (1984): *The Polish Peasant in Europe and America*, Urbana, University of Illinois Press.